

LETRASEL NOVIO DE LAS MAÑANAS  
AZULES

Tú eres el novio de las mañanas azules de trenzas rubias, afilador....

Tú las enamoras con solo tu imagen sonámbula, obstinada, de viajero de todos los caminos, de alma agitanada, errabunda que va a todas partes armado de esa paleontología locomóvil de tu máquina, primer bicho mecánico con que el hombre se puso a rizar caminos.... Tú encantas a las mañanas auri azules con esa misteriosa melodía de tu peine, ni flauta ni siringa, como un Orfeo de reciente mito....

Esas mañanas tenues, dulces, finísimas de labios, sensitivas y olorosas, de hojas de violetas; esas mañanas tersas y tiernas, como mejillas de muchacha, bien enjoyadas de rocío, que lo mismo puede ser saliva de perlas, que llanto transida de una entraña viva de agua, o secreción diamantina de su alma, o simplemente leche de estrellas y semillas de luna; esas mañanas tan delgadas y sencillas, de oro tierno y azul encendido, se estremece fragantes y sonoras con los rizos carnosos y también azules de tu misteriosa melodía, afilador....

Cuando tú llegas a la esquina de la calle silenciosa y sola, acaso con algún niño permanentemente asombrado, acaso con alguna vieja lentísima, acaso con algún rizo de golondrinas en las sienes, la mañana rubia, auri-azul, tan frágil, tan femenina, revuela en torno tuyo... Y con tu voz morena y calcárea tramado de polvos y vientos de todos los caminos, esa mañanita se llena de rumor de lejanías, tomándose de la carne azul de todas las distancias finas.... Y al reflejo sonrosado de tu piedra, se colorean las mejillas de su cara y toda su juventud lírica, encendida, escucha tu canción de rumbos, se ilumina y perfuma con el ozono de las chispas de tu piedra serenísima que gira y canta y, soñando con tu inmóvil andadura, se transe y embebe de una secreta voluntad viajera, cuando, tú lejano y lúcido, dándole rítmico al pedal, parece que andas, que andas el interminable camino de tus sueños....

Esas mañanas son siempre jóvenes, tiernas, líricas, enamoradas de tu andar y de tu misterio, y por eso, no saben ciertamente lo que quieren.... Quizás ante el zumbido de tu correa, en musical tentativa de motor, alguna mañanita rubia y soñadora quisiera entrar en la locura de tu rueda y hacerse amorosamente virutas, hojas, láminas, que salieran luego en barquillitos de canela para todos los niños tristes, por la móvil orejita de tu máquina....

Quizás alguna quisiera jugar a la rueda de la fortuna con tu rueda, o deshojarla como una margarita de caminos, o hacerla rodar de pronto, veloz y enloquecida como pezuña de avión, o jugar al corro de niño, floreciendo en melancólica canción, en torno de esa manquedad o mutilación automóvil, que hace de tu humilde máquina un extraño pájaro caído.....

Quizás alguna anhele secretamente subirse en dulce y silencioso raptó, a la grupa de tu carro, para viajar por las lejanías del sueño, o trepar con él a tus espaldas, como el alma de tu ajuar de nómada, hasta llegar a otros pueblos embalados en humo color de rosa, a organizar con la magia de tu voz y de tus silvos, otras mínimas farándulas para muchachas y mujeres luminosas que traen sus tijeras de plata con cintas rosadas, y sus cuchillitos de mangos labrados y con cintura femenina...

Quizás algunas mañanitas azules con trenzas rubias que escuchan tu canción sueñan con tus narraciones en los corros de las lumbres o en los patios de las posadas, y hasta se ven a sí mismas, colgadas de tu recuerdo y de tu labio, de tu blusa y de tu sonrisa, como jirones de luz...

Pero tú, amolador, llevado por tu sed de rumbos, no sabes cuántas mañanas dejas atrás enamoradas, por esos pueblos de Dios... Tú no sabes que muchas mañanitas rubias y dulcísimas, altas de rubor, cuando te ven llegar con tu máquina y tus melodías de mago, a sí mismas se sienten más dulces y doradas, más azoradas y nerviosillas, y se te ponen a escuchar, temblorosas de emoción y de amor.

Pero tú eres ciego como el ojo de la rueda de tu máquina y sordo como la orejita que le mueves, y pasas por el mundo, anda que anda con la graciosa y grave cojera de tu pedal, bebiendo en las copas de todos los horizontes, vinos de todos los panoramas; y así es tu marcha la de un embriagado de rumbos y caminos..:

Y así no caes en la cuenta de que, cuando tú te vas, ebrio o sonámbulo, para seguir abriendo caminos redondos con el absurdo arado de tu rueda, quedan atrás unas mañanitas rubias azules, tiernas y dulces, que se hen puesto de pronto, viéndote marchar, pálidas y tristes...

PEDRO CABA.

## “DANIEL Y ODAYA,”

POR MANUEL SITO ALBA.

Si fué en Jericó o en Rama, o en Betel o en la misma Jerusalén, nadie lo sabe ya; la memoria del lugar se ha perdido y sólo ha quedado la del suceso.

Parece ser que ocurrió mucho antes de venir Cristo al mundo y en una aldea apartada de Palestina. El hecho nos lo cuenta la Historia aunque calla algunos detalles que no eran de interés para la narración parabólica, pero que a mí me han picado la curiosidad y me he dispuesto a esclarecerlos.

Sucedió—como decía antes—que en una aldea pequeña había una familia de los de rancia solera campesina cuya cabeza era Mesizabel, el cual había contraído matrimonio con Susana, mujer de singular belleza, de la que tuvo dos hijos, Odaya, el primogénito, y Daniel. Al poco tiempo Susana murió, dejando a los dos niños de poca edad al cuidado de su padre Mesizabel. Los dos iban creciendo; pero según se hacían mayores iban siendo cada día que transcurría más distintos. El mayor, Odaya, se criaba delicaducho y triste mientras el pequeño Daniel crecía fuerte y alegre; el mayor era pálido, el menor era moreno y colorado. Llegó la pubertad y los rasgos apuntados se iban fijando cada vez más en cada uno de ellos; Odaya seguía triste y Daniel alegre. A Daniel le querían todos con locura, esclavos y familiares, a Odaya más que quererlo lo respetaban; el padre, Mesizabel, repartía su amor por partes iguales, si bien tenía especial ternura por Daniel que era el más cariñoso. Por lo cual Odaya siempre había tenido cierta envidia hacia su hermano Daniel.

Entre ellos se había criado Judit, hija de esclavos de la casa de su padre. Judit desde pequeña había gozado de todos los bienes de una niña libre, Mesizabel la adoraba como a una hija, y le daba igual trato que a Odaya y Daniel con los cuales jugaba cuando pequeña. Judit era algo menor que Daniel, lo que hacía que siempre hubiera jugueteado más con éste que con su hermano Odaya. Pero ahora habían olvidado los juegos; Judit era ya una mujer, no obstante, cuando Daniel alguna vez salía al campo, Judit siempre le acompañaba. Los dos se criaban en un estado de inocencia primitiva y aunque ya eran crecidos parecían niños por su ingenuidad; todavía no conocían la malicia, pero ésta es innata en los hombres y aunque no se enseñe, tarde o temprano surge.

Un día habían salido los dos muy de mañana montados en dos hermosos pollinos, el asno entonces no era mirado con el desprecio de hoy día; habían llegado cabalgando hasta un río, quizás fuera el propio Jordán o algún afluente suyo. En un abrir y cerrar de ojos Judit y Daniel se encontraron desnudos dentro de él; la frialdad del chapuceo reanimó y desentumeció sus miembros; estuvieron largo tiempo en el agua con alguna salida durante corto tiempo para volver a entrarse al momento; las bromas se repetían y Daniel hacía valer su corpulencia para sumergir brevemente a Judit dentro